

EL VIGNEMALE Y UN MILLÓN DE ESTRELLAS II

El 4 de Julio de 2015, un grupo de montañeros del Club, hoyamos el macizo del Vignemale ascendiendo por el corredor de la Moskowa y por el collado de Lady Lister. La contemplación del gran glaciar de Ossoue, la corona de picos que lo circundan, la grandiosidad del lugar, su magia, su karma, su calma, su belleza nos llevó allí mismo, y antes de abandonarlo, a conjurarnos para volver el año próximo, pero esta vez con la intención de pernoctar en la cumbre, de meternos dentro de su atmósfera, de descubrir sus secretos en la quietud de la noche teniendo como únicos testigos a las estrellas.

Fieles al compromiso, el viernes 2 de julio de 2016, un grueso de los expedicionarios del año anterior, y algunas nuevas incorporaciones, nos acercamos de nuevo a ese monte lleno de glamur y preñado de leyendas. El programa era ambicioso, con dos noches de vivac al aire libre, una a los pies de la presa de Ossoue, y otra en la mismísima cima del Pique Longe, a 3.200 metros de altura, en la cueva Paraíso, que se hizo construir el conde Russell, para su solaz y éxtasis.

Nuestro Club se ha perfeccionado y especializado mucho en los últimos años. Ahora estamos en disposición de ofrecer a los socios excursiones personalizadas, adaptadas a su preferencia, de tal suerte que había varias variantes sobre el plan original: estaban quienes cenaban y dormían en hotel el viernes, subían el Vignemale el sábado, y regresaban de modo inmediato al confort de sus hogares; estaban los que tras pernoctar el viernes en el hotel, se quedaban para dormir el sábado en la cima del Vignemale; estaban los que dormían el viernes en tienda de campaña en las faldas de la gran montaña y el sábado en la cueva Paradiso; a su lado, estaban los que con el mismo plan, sin embargo la noche del viernes la pasaban en su furgoneta en mullidos colchones; y finalmente estaban los homeless que dormían tanto viernes como sábado a la intemperie. Es claro que para ejecutar esos planes era preciso un pronóstico del tiempo bueno, sin paliativos, una buena noche de verano. Pero lo que era claro, no estaba claro, estaba más bien oscuro, de tal suerte que la predicción daba un alto porcentaje de lluvia para la noche del viernes, nubosidad para la mañana del sábado, y viento posterior que limpiaba las nubes, si bien podía haber rachas de hasta 60 km. Sin embargo ninguna de estos anuncios hizo la menor mella en el intrépido espíritu de los expedicionarios (a los del hotel, por razones obvias en forma de gruesos muros que les amparaban de todos estos contratiempos).

En todo caso, la noche no pudo comenzar mejor. En torno a un hornillo nos dispusimos en rolde los de extramuros y extra furgonetas y nuestro amigo Jean (montañero francés que nos acompañaba con su hijo) nos ofreció a cada uno un plato de jabalí con salsa de vino y oporto que era una muestra de la Haute Cuisine Française. Para acompañarlo alguien descorchó una botella de vino de autor denominación Toro, que en palabras de su creador, representaba la más alta expresión de la variedad de uva. Y para enjuagar la boca y dejar las papilas limpias para seguir gozando nos ofrecíamos queso *pure brebis de la Valle d'Ossau* adquirido en el trayecto. Para terminar, no podía faltar un foi-grass casero de ciervo del Pirineo.

Sin lugar a dudas el menú de nuestra cena estaba a la altura de aquel que tomara una noche de julio de hace 199 años, bien cerca de donde nos encontrábamos, en el Hotel les Voyageurs de Cauterets, Eugénie-Hortense de Beauharnais, a la sazón Reina de Holanda, que le llevó en un arrebatado de pasión e infidelidad (su marido se hallaba ausente en Holanda) a concebir a quien la historia ha conocido como Napoleón III. Y desde luego no cenó mejor la

archiduchesa de Abrantes la noche anterior a participar en una expedición vestida con toda “frivolidad y ligereza”, portando polainas y pantalones, por las faldas del Vignemale.

Tras la breve tertulia, cada mochuelo a su “prado”. Pero he te aquí que Dihinx acierta una barbaridad y, como había vaticinado, comenzaron a oírse algunos truenos; los rayos que se sucedían uno a otro rasgaban el cielo de forma sangrienta; los truenos se agolpaban en mascletá montañera y la lluvia hizo su aparición cual sifón de ducha de diseño de hotel pretencioso. El golpeo de las gotas de agua sobre la tienda de campaña retumbaba como una caja de resonancia; entre trueno y trueno, pequeños regueros de agua se oían corre en nuestro rededor. Los de las furgonetas callaban, y los de la tienda de campaña pensábamos en nuestros compañeros homeless y comenzamos a reapretarnos para hacerles partícipes de nuestra hospitalidad de tuaregs de la montaña y dejarles sitio en previsión de que vinieran a pedir refugio de un momento a otro. Sin embargo, los homeless, cuales toros de guisando, permanecían impertérritos aguantando el chaparrón. Situación que se reprodujo a cada rato ya que cuando parecía que la tormenta se iba a extinguir y que caían las últimas gotas despistadas, se reavivaba con nuevos bríos y rotundos truenos. Finalmente, bien entrada la noche, la tormenta cesó y dio paso a una niebla densa que lo envolvía todo de una humedad tibia, cuasi tropical. Cuando el farolero del Petit Prince comenzó a encender las primeras luces del alba y nos despertamos, al bajar la cremallera de la tienda, una bruma londinense, más que envolver empaquetaba todo nuestro entorno. Sin embargo, lo que la lluvia no consiguió menos aún iba a conseguir la niebla y ni siquiera el encargado de encender los faroles que traen el día: mi hijo descubrió con alborozo e incredulidad que Carlos y Javier (los voluntarios homeless) seguían ahí fuera, a la intemperie, arropados por la niebla sobre un mullido colchón de pequeños regatos de agua, durmiendo a pierna suelta como si ni lluvia ni niebla fuera con ellos.

A las 8:30, hora convenida y muy española (los franceses que habían dormido al lado nuestro y que iban a hacer una cata del glaciar para medir su densidad habían partido a las 5:30), aparecieron los expedicionarios hoteleros. Tras los consabidos abrazos, carantoñas y achuchones múltiples nos echamos a andar.

La bruma matinal en la parte baja del valle de Ossoue se iba desperezando lentamente, si bien, en la parte alta, cuando alzábamos la mirada hacia las cumbres, las nubes ocultaban el objeto de nuestros deseos. Íbamos ganando altura, la mañana iba avanzando y el pronóstico de Dihinx le dejaba más en la parte de pediatra que en la de meteorólogo. Así llegamos a la confluencia del sendero que asciende hacia el Refugio de Baysseance y el Petit Vignemale y aquel otro que encara el glaciar para desembocar en el circo a los pies de los picos que componen la corona del macizo del Vignemale. Aquí, la expedición se fraccionó en dos grupos: el que aspiraba a dormir esa noche sobre sus colchones de latex (Javier Valero, M^a Emilia y Domingo) y el de quienes aspirábamos a conquistar el Paradiso (el resto). Nos despedimos de ellos no sin antes alardear de nuestra determinación e incluso emplazándoles a encontrarnos cuando ellos descendieran del Pique Longe y, nosotros, tras haber hoyado el Petit Vignemale nos dirigiéramos hacia nuestra cueva prometida.

Los del Petit Vignemale seguimos la que ya se nos estaba haciendo una penosa ascensión con las mochilas cargadas con crampones, saco de dormir, esterilla, comida para dos días e incluso hornillo (que llevaba nuestro amigo Jean). Al fin vislumbramos dibujada en el horizonte, cual espejismo de un oasis a Moisés, la silueta del refugio que, al igual que ocurre en el desierto, a medida que nos acercábamos se desvanecía y alejaba. Pero como quiera que

estábamos en el Pirineo y no en el Antiguo Testamento, el refugio de Baysellance era real y por fin lo alcanzamos.

Tras recobrar el resuello y comprobar que la predicción de Dihinx sobre el levantamiento de las nubes iba con un retraso tan notable que nos hacía dudar de que llegase a destino, celebramos una reunión de emergencia, para tomar decisiones. Así, en torno a unos frutos secos, quedó constituido el parlamento y cada quien comenzó a exponer sus criterios. Rápidamente se alcanzó el consenso: en estas condiciones convenía dormir en el refugio y atacar el Vignemale al día siguiente, domingo, en el que el sol parecía garantizado. Una gran satisfacción nos embargó a todos por haber sido capaces de alcanzar un consenso tan rápido y una solución tan brillante a una situación que se nos antojaba embarazosa. No advertimos, sin embargo, que Carlos no estaba en el debate, y que mientras nosotros nos dábamos a esas diatribas, él había entrado en el refugio a consultar la ocupación y la situación de la cima. Así, cuando íbamos a comentarle con orgulloso la solución alcanzada, como suele ocurrir cuando hay que llevar a la práctica los acuerdos por consenso, la decepción se apoderó de nuestra sonrisa: el refugio estaba lleno, no había plazas; el vecino refugio de Oulettes también estaba lleno; todas las tiendas de campaña y colchones de los que disponían para vivaquear estaban alquilados; la sentencia fue clara: *<es muy temprano tenéis tiempo de sobra para volveros por donde habéis venido>*.

Pero *<luchando tercios y rudos, grandes para los reveses, somos los aragoneses, ¡gigantes y cabezudos!>*, de tal manera que determinamos aguardar a ver si escampaba. Tras una buena hora de reposo y animada conversación y al ver que las nubes no levantaban, decidimos atacar (a excepción de Jean a quien la subida se le había atragantado) el Petit Vignemale, que desde el refugio se veía como una imponente y sugerente pala cargada de nieve. El resto de cimas que siguen al Petit Vignemale (Punta Chausseque, Piton Carré, Vignemale ni se veían). Ante nuestra determinación, las nubes no tuvieron más remedio que ir apartándose a nuestro paso, de tal manera que cuando descendíamos hacia el refugio comenzó a brillar un sol radiante que hacía todo mucho más bello y apacible. A mitad de bajada, nos encontramos con Jean, que ya repuesto, como montañero de raza que es, no renunciaba a volver a visitar la cima que ya había hollado en otras ocasiones. Su hijo Jan, que había hecho cima con el resto de grupo, nos dejó boquiabiertos cuando nos anunció que se volvía para acompañar hasta la cima a su padre, y así lo hicieron.

Para cuando llegamos de nuevo al refugio hacía una tarde espléndida. Un sol radiante lo bañaba todo. Y todo era: el Tallón, la Brecha, los Astazus, el Casco, el Perdido, el Circo y Cascada de Gavarnie, la cara norte del Vignemale,... en definitiva, el Paraíso, para Russel y otros muchos. Y fue este espectáculo el que decidió nuestra suerte, porque para ese momento, ya nadie dudaba de que nos íbamos a quedar a dormir a 2.600 metros, a la intemperie, al lado de unos grandes neveros de nieve -la redundancia es pertinente para poner en valor la acción, y en situación al lector-. En este punto conviene aclarar que la determinación no estaba repartida de forma homogénea. Yo, que había recobrado la Fé en Dihinx, pues tan solo había habido un retraso en su pronóstico de 4 horas, y que conocía también que para esa noche había dado viento racheado de hasta 60 Km y temperaturas de 5º con sensación de 0º, amén de un riesgo de tormentas de más del 25 %, estaba aterrado. Y cuanto mayor era mi pavor, más brillaba el sol, más subía la temperatura, más embriagador era el paisaje... y más ridícula se presentaba la situación que a mí me embargaba y que alguien me escenificó del siguiente modo: si se pone a llover recogemos los sacos, nos ponemos los frontales y comenzamos el descenso hacia los coches. Yo

me veía bajando con viento, frío y lluvia a las tres de la mañana hacia los coches y me parecía la situación más embarazosa y ridícula del mundo. Pero estaba visto que mi sentido del ridículo es mucho más acentuado que el de mis compañeros, a quienes la contemplación del Circo de Gavarnie con su cascada de más de 400 metros sencillamente había bloqueado la mente. Definitivamente di la batalla por perdida, contemplando la cima del Perdido, y envié a los niños a que cogieran sitio en los vivacs de piedra, para, por lo menos, tratar de encontrar un suelo seco y lo menos expuesto al viento posible.

Poco a poco, fuimos tomando posiciones en los vivacs y, menos mal que fuimos de los más tempraneros, porque allí no hacía sino llegar gente y más gente, con cara de okupa, a la caza de un emplazamiento para pernoctar. Cada cual, según su gusto, escogió un pareado, un adosado, un familiar o un aislado, eso sí, todos en la misma urbanización, de tal manera que todos nos teníamos a la vista. Nos reunimos en torno a la plaza central y allí nos solazamos hasta la hora de cenar, no sin ahuyentar, a cada poco, a nuevos vecinos que querían instalarse en las zonas comunes de nuestra urbanización. Compartimos cena –que no mantel- y cuando el sol se ocultó tras uno de los picos circundantes comenzó a soplar un viento constante y racheado que me trajo a la memoria inevitablemente la predicción de Dihinx. Aquello fue determinante, y para contrarrestar el frío que comenzábamos a sentir, se decretó que cada marmota se metiera en su cado y se dispusiera a disfrutar del espectáculo de mil estrellas que un cielo limpio –barrido literalmente por aquel viento- nos iba a ofrecer.

Así fue como se fue el día, y se vino la noche, tan callando. Y he te aquí, que por esos caprichos que tiene la montaña, el viento cesó, la noche se serenó, y el hotel de mil estrellas se convirtió en un cúpula celeste abrazando al hombre, en la cúpula celeste que esculpe Pablo Serrano en sus esculturas en las que siempre busca un espacio para la humanidad, una cúpula donde *el mono loco* se sienta protegido, a buen recaudo. El espectáculo por la cantidad, la grandiosidad, la luminosidad y la nitidez de los miles y miles de estrellas, organizadas en constelaciones conocidas unas e ignotas otras, fue, sencillamente apabullante. Dos comentarios de la mañana siguiente lo resumen bien: Carlos *dixit: estaban todas, eh?* –como hombre de orden que es ¿habría pasado lista?- Jean *dixit: después de ver esto es imposible pensar que estamos solos en el universo.*

Y con este ánimo y con un día magnífico nos levantamos, desayunamos, recogimos el campamento y a la hora que el servicio de habitaciones nos invitó a desalojar los que entonces ya sentíamos como lujosísimos aposentos –es decir a las 7:00- echamos a andar. Descendimos hasta tomar la ruta del Vignemale y comenzamos a ascender el gran glaciar. Como ocurre en el Tour de Francia en las etapas de montaña, el pelotón enseguida se fraccionó en dos grupos bien distinguidos: por un lado la juventud (Pablo, Jan, Sara y Mikel) que impusieron un ritmo que quería convertirse en la melodía del verano “Maquina Total 2016” y por otro los que presumíamos de experiencia añeja, que subíamos a un ritmo más pausado y solemne. De una u otra manera, *la jeunesse* se impuso con una holgura manifiesta y llegados al pie del Pique Longe, Sara y Mikel tiraron para arriba; Pablo y Jan –con criterio más sensato y responsable- aguardaron al resto del grupo, y una vez reunificado el pelotón comenzamos lo que parecía una trepada larga, bastante vertical, y de la que se desprendía, de tanto en tanto, alguna piedra que había que esquivar.

A medida que íbamos ganando altura, íbamos siendo más conscientes de que se trataba de una señora trepada, que si bien es cierto que se subía sin mucha dificultad, pensar luego en bajar creaba bastante desazón e inquietud –inconfesada, pero latente-. Ahí comenzaron las apuestas sobre si nuestro amigos y compañeros habrían hecho cima el día anterior, con las nubes pegadas

a la pared y la humedad corriendo por ésta. A medida que subíamos subía la cotización del no, hasta pagarse 1 a 4. Por fin, tras un pasito en el que no había nada a la derecha y nada a la izquierda llegamos a la cima y sí, nos felicitamos, nos abrazamos, pero sin el fervor que merecía. El runrún de cómo y por donde bajar ronroneaba en el pecho de muchos de nosotros (no en el caso de Carlos que se dedicó a la contemplación de todo el universo que tenía a sus pies, ensimismado, en un deleite personal y silencioso que se prolongó por más de un cuarto de hora). Yo reconozco que, al sol y resguardado del viento, incluso eché una cabezadita que me hizo reponer fuerzas.

Tras salir cada uno de nuestro éxtasis particular afrontamos el descenso con seriedad y concentración. Hasta Jesús, en un momento dado, aplazó la conversación para centrarse en el descenso. Nuestro amigo Jan nos ofreció un espectáculo de gran montañero y, mientras Carlos conducía a Pablo para infundirle confianza y los demás íbamos siguiéndonos unos a otros con gran cuidado y máxima concentración, Jan, como si de un gamo se tratase, enfiló el descenso y en menos que canta un urogallo se plantó abajo al lado de las mochilas. Aquello nos puso un poco en evidencia a nosotros, y mucho más a un grupo que subía encordado y con el que ligeramente nos atascamos. Con algún que otro nervio, fuimos encontrando el itinerario de bajada, buscando las buenas y abundantes presas y descendiendo paso a paso. Como resumía Carlos, *< una destrepada sencilla, pero... ¡que hay que estar atento!>*.

Sea como fuere, cuando llegamos a la nieve, los rictus se mutaron por sonrisas, los abrazos se hicieron más efusivos y la alegría y satisfacción se derramó entre todos los componentes del grupo. Ahí comenzó el zafarrancho de descenso, que cada cual acometió a su ritmo, pero del que todos disfrutamos de forma muy satisfactoria. Jesús y Víctor, a quienes urgía más regresar a Zaragoza, bajaron más rápido y los demás a un ritmo parsimonioso.

Cuando llegamos a los coches nos encontramos con una sorpresa absolutamente inesperada. Apareció allí Yaiza, la guapísima y montañerísima hija de Jesús Miñana, que no quería ser menos que su padre y, en compañía de Daniel Mur, quería reeditar su gesta. Tras los besos e intercambio de noticias, ella siguió hacia la cima y nosotros seguimos hacia el ágape final.

Mikel se descolgó con una cerveza fresquita sacada de la nevera de la furgó que era un trocito de cielo. Yo descorché una botella de champagne que había llevado para festejar alcanzar una cumbre como ésta con mi hijo Pablo. Jean sacó nuevamente el paté de ciervo y *fromage de Gabas*. Sin solución de continuidad una botella de vino francés, choricito ibérico... y se nos dibujó una sonrisa en la cara que ya nos se nos borraría en horas. El cansancio, la luz tan maravillosa que había, el verde tan intenso de principios de verano, la satisfacción por la cumbre hollada, y la compañía, volvieron a regalarnos unos momentos mágicos que fueron un gran corolario para un inolvidable fin de semana montañero.

Cuando a la altura de Gavarnie recobramos la conectividad de los móviles supimos de la suerte que corrieron el día anterior nuestros compañeros: Maria Emilia y Domingo hicieron cima en el Pique Longe y Javier lo pospuso para una próxima ocasión, que seguro llegará. Así enfilamos el camino de regreso: con una sonrisa en el rostro que tardó varios días en desdibujarse.

Gracias a todos. Un fin de semana inolvidable.

Ángel Giner